

nada le enfurece tanto como los espectáculos que, forzosamente, tiene que presenciar. Pero ese medio me repugna, y no siempre me gusta verlo emplear por otras. Por cierto que, ¡vaya una peregrina idea la de haber puesto á un pastor protestante á la cabeza de un harén tan desnudo! Mas, puesto que así lo habéis querido, muy bien está, y os dirijo preguntas, Señor, sin resolverlas. ¿Por qué no darnos eunucos de verdad, como es costumbre en Oriente? En más de una ocasión los echan de menos mis compañeras, y dicen que esos pobres seres pueden, ellos también, dar á las mujeres un placer completo no compartido por ellos y que no debe despertar celos de nadie. Yo, jamás pienso en tales cosas; no tengo más alegría que la de vuestro recuerdo, pero quisiera que nadie turbara mis ensimismamientos y que tantas veces al día no se irguiera, entre ese dulce recuerdo y yo, la feísima cara, inspiradora de odio, de tan insoportable personaje.

— Amiguita, dijo Pausole, Taxis tiene su lado bueno.

## VII

## EL CUAL HA SIDO ACORTADO, DEBIDO Á LAS LEYES VIGENTES.

Si puede una recobrar la virginidad después de haber pasado diecinueve años sin acostarse con su marido, desde luego soy de nuevo virgen.

DUQUESA DE ORLEANS. —  
*Carta á la duquesa de Hannover, 2 de septiembre de 1696.*

No he de describir la comida que siguió.

Me han dicho, en efecto, que las leyes de nuestro país permiten á los novelistas proponer como ejemplo todos los crímenes de sus personajes, mas no el detalle de sus voluptuosidades, de tal manera el degüello es, para la mente del legislador, pecado más perdonable que el placer.

Y como no recuerdo bien cuáles voluptuosidades son las que hemos de desterrar de nuestras obras, si las de la cama ó las de la mesa; como, por otra parte, me es imposible, después de consultar á



fondo mi conciencia y mi sinceridad, augurar cuál de estas dos cosas merece más la horca : si comer un manjar ó crear un niño, prefiero tomar mis precauciones y no hablar aquí de senos ni de granadas.

El lector sabrá, pues, en pocas palabras, que la comida del Rey Pausole y de la hermosa Diana la Copetuda comprendía :

Encurtidos  
Primera entrada  
Principio.  
Segunda entrada  
Asado  
Legumbre  
Entremés  
Frutas, pastas y dulces  
Vinos X... Y... Z...

Comida de poca monta. No decimos más.

Asímismo, corremos un velo sobre lo que siguió.

Diana, privada del Rey por espacio de un año y claustrada en el harén después de una sola mañana de amor, se había vuelto doncella. — Comprenda quien pueda. No explico nada. — En una palabra, que también halló el Rey que

aquella segunda entrevista íntima se parecía mucho á la primera.

Un poco antes de salir el sol, ambos fueron á tomar el fresco á un terrado



sembrado de alfombras; y, para coger las brevas más altas, Diana la Copetuda, por tener que alzar mucho los brazos, sentía dolor al estirarse, lisa como una flor y tres veces manchada de negro.



## VIII

EN QUE PAUSOLE EXAMINA REVELACIONES  
EN UNA CARTA CUYA IMPORTANCIA NO  
SE LE OCULTARÁ AL LECTOR.

Adivínase lo que un joven bastante fatuo y acostumbrado á éxitos fáciles puede decirle á una joven cuando ha subido siete pisos para llegar hasta ella y que se cree esperado.

M<sup>me</sup> ANCELOT. — 1839.

Hacia mediodía, Pausole despertó, simplemente, como de costumbre. No recibía, cual otros reyes, á magnates ni á cortesanos en aquel momento : las ceremonias inútiles no embargaban su vida.

Al campanillazo que dió acudió una camarista que, justamente aquella mañana, inauguraba su servicio en la regia cámara. La joven, temblorosa, tropezó, chocó contra algunas sillas y se le subieron los colores á la cara cuando vió, tendida junto al Rey, á Diana inmodesta y dormida.

— Quedo, hable usted quedo, dijo Pausole. ¿Qué hora es?

— Sí, Señor... No, no... No sé, balbució la pobre muchacha.

— Deme mi bata y haga preparar mi



baño. Avise también á mi lectorá y al ujier de vianda. Y, ahora, cierre las cortinas para que la Reina duerma lo más posible.

Luego, con mil precauciones, puso sus pies, uno después de otro, y en silencio, sobre el suelo. No se sentía con ánimos de despedirse, hasta otro año, de la temible Diana.



Se esquivó.

Momentos después, acostado en un agua perfumada, admitió á seis pasos de la pila á su lectora habitual, quien, cada mañana, acudía á decirle lo más importante de las noticias telegráficas y el resumen de los principales folletines. En virtud del artículo primero del código vigente en Trifema (No perjudiques á tu vecino), estábales prohibido á los diarios el insertar las noticias escandalosas ó difamatorias. Así es que ni una hoja publicaba la fuga de la blanca Alina; y si alguna que otra se había permitido alusiones, la lectora tuvo el tino de no comprenderlas.

No obstante, Pausole estaba distraído. Ya vestido, y después de tomar un reconfortante desayuno que el ujier de vianda mandó servirle en una cámara de descanso, y de haber fumado dos cigarrillos de tabaco fresco, salió y penetró solo en el cuarto de su hija.

La pieza conservaba el desorden particular en que deja una habitación quien se viste á toda prisa para salir precipitadamente. Asimismo, la sala de estudio,

el cuarto tocador, el saloncito privado y los baños presentaban una mezcla singular de abrochadores, de mapas geográficos, de medias negras y de raquetas. Un ejemplar del *Telémaco* flotaba sobre el agua mansa de un « tub ».

Durante un cuarto de hora, Pausole vagó, melancólico, de cuarto en cuarto. Abrió los cuadernos de estilo, alzó algunos cuerpos de vestido, desenrolló una cintura de cuero y colocó en su correspondiente caja tres horquillas.

Después apoyó sobre el botón de un timbre eléctrico el dedo mayor de la mano derecha, y dijo al ayuda de cámara que acudió :

— Haga usted saber al Sr. mayordomo mayor de palacio que le espero aquí y que deseo hablarle.

Taxis entró.

— Caballero, dijo Pausole, estimo el celo y el método de usted, por cuanto me libran cada día de veinte preocupaciones que me estorbarían. Pero las pesquisas que ayer mandó usted hacer rayaban en lo intempestivo, sobre todo si se tiene en cuenta la hora y el lugar en que creyó usted deber darme cuenta de ellas. Recuerdo haberle notificado á usted que,



entre las cinco de la tarde y las dos de la tarde también, no quería yo meditar sobre ningún asunto de Estado. Ha tras-pasado usted de sus atribuciones al tomar una iniciativa en un caso en que su competencia era más que dudosa, y pidiéndome órdenes sin haber yo manifestado deseo de darle ninguna.

Dicho esto, encendió un cigarrillo, se sentó, colocó el codo derecho sobre el ancho brazo del sillón, inclinó la cabeza del mismo lado, cruzó las piernas, hizo un gesto y dijo :

— Ahora, lea usted su informe.

Taxis no había pronunciado palabra ni hecho el menor ademán. La noche, que suele ser buena consejera, había calmado sus ímpetus; ya no gritaba que posponía su interés propio al de su cargo. Además, en el transcurso de una reciente lectura de su Biblia, había fijado en este pasaje categórico :

« Clamaréis contra el Rey que os hayáis escogido, pero el Eterno desoírará vuestras quejas (1) ».

Con esto quedaban á salvo todos los escrúpulos. De nuevo se volvió cortesano.

1. Samuel, VIII, 22.

— Señor, he aquí el asunto en dos palabras. La minuta y el detalle de mis informes están en esta cartera, pero creo preferible resumirlos.

Se acercó á la ventana abierta.

— Ayer mañana, muy probablemente á eso de las cuatro, Su Alteza Real la Princesa Alina se sentó, vestida, sobre el mármol de esta ventana. Levantando las piernas y efectuando de derecha á izquierda un movimiento de rotación que dejó rastro en el polvo, saltó desde una altura de unos setenta y cinco centímetros. Ahí, en la tierra, entre esas flores, sus pies han impreso sus huellas, primero paralelas, luego alternadas — y no hay más rastros : señal evidente de que Su Alteza se ha marchado sola.

Después de esta revelación, cruzó Taxis sus manos sobre su liso vientre, y tomó aliento.

— Ayer, prosiguió, la Princesa se disponía á pasar la noche en una posada llamada « Posada del Gallo », camino de la capital, á 3 kilómetros y dos hectómetros de aquí. Llegó á dicha posada á las tres y cuarenta; venía de un bosquecito vecino y la acompañaba un joven cuyas



señas poseo, pero á quien nadie conoce en la región.

— ¿Qué edad tiene? preguntó Pausole.

— Muy joven. Diecisiete años á lo sumo.

— Que me place, dijo el Rey.

— De haberlo querido Vuestra Majestad, ayer mismo quedaba arrestado el sobornador, y ya estaría en palacio la Princesa.

— Traída por gente de la policía, ¿verdad?

— Ó por enviados especiales.

— ¿Y qui nes? Nunca ve usted, Taxis el punto delicado de una situación, ni la complejidad de los deberes impuestos por el escrúpulo afectuoso.

— No insisto. Vuestra Majestad dice bien. Me he atenido á sus órdenes, y ayer noche, á las ocho, ha cesado la vigilancia que mandé establecer. Desde aquel momento, me he mantenido estrictamente en la expectativa.

— Sin embargo, sería esencial el saber con quién nos las habemos, y, por de pronto, para saber si conviene perseguir ó abstenerse. ¿Quién es ese mozalbete á quien nadie ha visto nunca, que no pertenece á Palacio, que no vive en estos

alrededores y que, de repente, cautiva la voluntad de mi hija para raptarla en nuestras propias barbas, sin siquiera tomarse la molestia de venir á buscarla?

Hace que la Princesa dé el primer paso! ¡ La espera, y ella acude á él! ¡ Ella, que no había salido de los prados del parque, hela por las carreteras, en una posada de ciclistas, con un colegial de dieciséis años á quien no ha podido ver en ningún sitio antes del momento de echarse en sus brazos! confiese usted, Taxis, que esto es extravagante... Desespero de entender jota en ese asunto... Pero, ¿no tiene usted indicio alguno?

Después de una breve sonrisa, Taxis contestó con voz neta :

— Antes de ayer y el día precedente, una compañía de bailarinas francesas dió dos representaciones en Palacio, ante Sus Majestades del Harén. La Princesa Alina presenciaba aquello desde el fondo de su platea, autorizada por vez primera á penetrar en el teatro. Durante todo el baile manifestó vivo placer, y se ha podido notar que su emoción crecía cada vez que bailaba una... pécora llamada Mirabella.



Taxis se detuvo un momento, y luego articuló :

— Después del espectáculo, la Princesa hizo entregar á dicha persona un regalo en dinero — bajo la forma de un billete del banco — contenido en un sobre cerrado. — Ruego á Su Majestad que pese todas las palabras de mi frase. Á juicio mío, hay correlación entre este insignificante hecho y la desgracia pública que de tan cerca ha seguido.

Hubo un silencio molesto.

El Rey seguía fumando.

Taxis creyó necesario precisar más.

— Acuso, en una palabra, acuso á la bailarina llamada Mirabella de haber maquinado una intriga diabólica encaminada á arrastrar al abismo á un alma conservada hasta entonces en estado de candor á fuerza de cuidados y de piedad paterna. ¡Acuso á esa bribona de haber sido la organizadora del crimen que se ha perpetrado! Más tarde conoceremos el nombre del sobornador; esto es secundario; pero, que conocía él á Mirabella y que ésta le ha permitido conseguir su deseo, esto es lo que me comprometo á demostrar en el transcurso de la instrucción, si á ello no se opone Vuestra Majestad.

Pausole alzó ambas manos, y con aire desanimado, dijo :

— No saldremos de ese lío... Cada vez se complica más. Y, ¿qué ha sido de aquellas bailarinas?

— Aquel mismo día salieron para Narbona.

— ¿No lo decía yo? No saldremos de ese lío... La cosa está turbia, turbia de veras.

— Permita Vuestra Majestad. Dos culpables : dos informaciones. Uno de ellos está en Francia; vamos á telegrafiar á la Place Vendôme, y, después de los requisitos necesarios, conseguiremos su extradición. El rapto de menor es un capítulo de inculpación previsto por los tratados internacionales. En cuanto al otro culpable, en nuestras manos está. Diga Vuestra Majestad una palabra, y lo arresto.

El Rey dirigió una mirada hacia Taxis, que seguía en pie.

— Es usted un hombre peligroso, señor Eunuco mayor. Útil, pero peligroso. Si el destino le hubiese colocado á usted en mi puesto, no apostaría yo un perro chico por la felicidad de mi pobre pueblo. Es usted un caimán, Taxis. Tiene usted



la mirada feroz de un senador francés. Y, además, no me entiende usted.

Con ademán de cansancio sacudió la ceniza de su cigarrillo.

— Voy á meditar sobre todo esto. El informe de usted es instructivo, y, aunque concluye de lo posible á lo cierto, no por eso me dispensa de examinar las hipótesis que sugiere. Pensaré en ello con tranquilidad; desde mañana tomaré una resolución. Espere. Cállese.

Se levantó, y con más franqueza añadió, con un suspiro :

— De aquí á entonces, me convendría pensar en otra cosa. Esta preocupación me abrumba. Por poco que persista, caeré enfermo. Hábleme, amigo; cambie el orden de mis ideas.

Taxis abultó su pecho, bajó su mirada y arrojó un suspiro de emoción. El tono afectuoso del Rey le envalentonaba. Creyó oportuno aquel momento para hablar de un asunto que le preocupaba mucho.

— ¿ Me atrevería, Señor, á llamar la atención de Vuestra Majestad sobre mi modesta persona? Y si mis servicios, ó cuando menos mis esfuerzos, recogen la augusta aprobación de aquel que única-

mente puede juzgar su importancia, me sería permitido expresar aquí la esperanza con que á veces me es grato mecer mis soledades?

— ¿ Qué significa esa jerigonza? dijo Pausole. Expresé usted y no preamble.

— No soy más que comendador de la orden de las Palomas. Me apresuro á decir que mis humildes ambiciones personales están con ello colmadas; mas, para mi anciana madre, retirada en una aldea de los Vosgos, sería una bien dulce alegría, y quizá motivo de más larga vida, el saberme gran oficial... He de añadir que entiendo que el alto cargo cuya investidura se ha dignado darme Vuestra Majestad merece una distinción honorífica en la que no pensara yo, de no haberme la real gana del Rey, elevado á la cumbre de la jerarquía palacial. Hablo aquí, no por Taxis, sino por el jefe del cuarto civil, y por la causa de la autoridad... Mi solicitud es por completo desinteresada.

Pausole temporizó :

— Ya veremos. Un poco más tarde. Por hoy, tiene usted un asunto delicado que llevar á feliz término. Si lo consigue



usted, le daré la placa. Favor prometido. Prosiga sus informes.

— La Princesa...

— ¿Qué, todavía la Princesa? ... ¿No ha ocurrido nada desde anoche para que me esté usted cansando así la cabeza con un suceso que ya tiene treinta y seis horas de existencia?

— Sí, Señor. Pero no me atrevía...

— ¡Hable usted, hombre, hable usted!

— Trátase, Señor, de un atentado injurioso y execrable, pero cuyo carácter es grotesco. Un viento de demencia se ha desencadenado en Palacio. No conviene que Vuestra Majestad se detenga en semejantes hechos licenciosos, asunto indigno de sus reflexiones en las actuales circunstancias. Por fortuna, velaba yo, y he castigado. El autor de tal atrevimiento puede esperar para ser juzgado.

— ¿Qué de cansancio para conseguir la exposición de un hecho! Le escucho á usted, Taxis. ¿Quién es el delincuente?

— Un paje, el último que ha entrado, el mismo de que tantas veces me he quejado á Vuestra Majestad. Ha puesto el colmo á sus desmanes con un acto incalificable. Más vergüenza me cuesta á mí decirlo que á él hacerlo.

— En resumidas cuentas, ¿qué ha hecho?

— Esto... El honorable S<sup>r</sup> Palestre, ministro de los Juegos públicos, conserva, á pesar de su edad, determinada inclinación por los amores ancilares. Quizá ignore esto Vuestra Majestad. Por mi parte, no lo excuso. Ello es que esa debilidad de un anciano tan respetable por otros conceptos, servía de comidilla á los pajes. El más travieso de esos pilletes resolvió sorprender al S<sup>r</sup> Palestre en momento en que menos convenía á dicho señor ser sorprendido. Se ocultó bajo la cama de la camarista con quien efectuaba el S<sup>r</sup> Palestre sus deportes — vuestra propia camarista, Señor, — y cuando, por ciertas señales que no podría yo ni sabría describir, estimó que sus dos víctimas debían de estar en el estado de distracción favorable á sus planes, salió de su escondrijo y echó sobre la pareja una red de tennis...

El Rey prorrumpió en dulce risa.

— ... La ató al pie de la cama, obligando así al S<sup>r</sup> Palestre y á la camarista á conservar, á pesar de sus enfuerzos, la más licenciosa de las actitudes.

De nuevo se rió el Rey.



— Y, no contento con haber sido el actor y el testigo de tan triste escena, llamó á todo el cuerpo de pajes al cuarto del escándalo, multiplicándolo así por el número de los espectadores. Los incidentes que siguieron fueron de tal carácter, que la desgraciada sirvienta tendrá que guardar cama unos ocho días, enferma de cansancio y de emoción. He ahí por qué esta mañana, á vuestro despertar, habéis visto una cara nueva... Señor, me confunde el que acojáis con esa simpática alegría una granujada que juzgara yo digna de todas las reprobaciones, mientras llegaba la hora de los castigos.

Pausole protestó :

— ¡ No por cierto ! Tiene usted, Taxis, un método de generalización que le hace caer en el error fácil. Clasifica usted los ademanes y los actos según no sé qué tabla de matemáticas morales en que cesan de ocupar su puesto natural. Odio más de ocupar su puesto natural. Odio más de usted lo licencioso. La voluptuosidad que ríe no existe. El placer se avecina más al dolor que á la alegría. Proclamado esto en principio, añado que la anécdota que usted me refiere tiene mucha gracia.

— Vuestra Majestad se burla.

— Nada de eso. La historia es admirable y casi divina, en cuanto á imitada de los griegos. Así fué sorprendida y encerrada en una red de mallas de hierro la culpable Afrodita en la morada del dios de las batallas. Me complace que ese recuerdo clásico haya inspirado á uno de mis pajes.

— ¿ Clásico ? decid pagano, Señor.

— Á más de eso, observe usted que ese joven, en vez de imitar al azar la tradición olímpica, ha tomado una red de tennis para en ella envolver justamente al ministro de los juegos públicos. Este detalle denota un espíritu personal é ideas independientes...

— Es decir, dos gravísimos defectos.

— Y, finalmente, alabo en grado sumo la intención moralizadora que se cierne sobre toda la escena. Es ridículo y odioso que un anciano de setenta y ocho años se acueste con una muchacha que quizá sea su biznieta. ¿ Quién sabe ? Si el S<sup>r</sup> Pausole se queja, á él y sólo á él debe la deplorable y ridícula postura en la que esos jóvenes lo han visto. En cuanto á mi camarista, bien empleado le está ; lo vergonzoso es su acto y no su castigo.



— Entonces, ¿qué he de hacer con el culpable?

— Ponerlo en seguida en libertad, y decirle que venga á verme aquí mismo, en donde le espero. Á él es á quien pediré consejo en mi actual perplejidad.

## IX

## EN QUE PAUSOLE SE DETERMINA.

Pienso que Epicuro era un filósofo muy sabio, pues, según los tiempos y las ocasiones, gustábale la voluptuosidad en reposo ó la voluptuosidad en movimiento.

SAINT-EVREMOND.

El traje de los pajes en la corte de Trifema databa del Renacimiento. Componíase de un calzón de punto de seda amarilla con un puentecillo sujeto arriba por dos agujetas, una gorra con pluma de pintada y un jubón azul de rey.

Bajo tan ligero uniforme, el pajarero del Sr Palestre se presentó; saludó con la gorra, juntando ambas piernas.

— ¿Cómo te llamas, joven travieso? preguntó Pausole.

— Como gustéis, Señor.

— Muy bien contestado, dijo el Rey. Nada me parece tan impertinente como la pretensión de obligar á la gente á que repita un nombre que quizá no le



guste. Me has conquistado desde la primera palabra. Dime, sin embargo, qué nombre llevas, á trueque de cambiarlo si te manifesto tal deseo.

— Señor, me llamo, ó mejor dicho me llaman de varias maneras : Gil, Gilillo, Giglio (á la italiana, pronunciado por los franceses Giguelillot).



— Djilio, á la italiana, es un poeta, dijo Pausole; y Giguelillot, es un loco. Quisiera yo que fueses uno y otro.

— También lo querría yo, contestó el paje con gran seriedad. Y de tal manera lo deseo, que quizá acabe por conseguirlo.

— ¿Por qué quieres ser poeta?

— Para no ver nada, así fuera una mosca, con los ojos de mi vecino.

— ¿No quieres á tu vecino?

— No le quiero ningún mal. Prefiero no ser él; nada más.

— ¿Y por qué quieres ser loco?

— Si mi vecino me llama loco, en seguida comprenderé que no me parezco á él.

— Pero, ¿y si te vuelves peor que él?

— Muy difícil es eso.

— ¿Cómo lo sabrás?

— Por su actitud. Si me deja quieto, será señal de que he perdido. Si me ataca, querrá esto decir que soy feliz.

Pausole, obedeciendo á impulsivo ademán, dijo:

— Toma un cigarrillo.

Y se lo ofreció con mano familiar.

— ¿Será el mismo tu juicio si tu vecino es una vecina?

— No por cierto.

— ¿Por qué?

— Las mujeres no pertenecen á la especie humana.

— Supongo que no se lo dices...

— No les digo más que bien de ellas, y creo lo que digo.

— ¿Cómo las consideras?

— Como siendo las criaturas mejores que existen; las únicas que saben devolver bien por bien, ó hasta bien por mal, caso de necesidad. Sólo agradecimiento les tengo, y, no obstante, lo único que por ellas he hecho ha sido halagar á muchas y amar á una.

Pausole le examinaba. Continuó:

— ¿Eres feliz?

— No. Ni tampoco vos, Señor, inútil es decirlo.

— Entonces, ¿por qué estás alegre?

— Para hacerme creer 'á mí mismo que soy feliz.

— Pues, ¿qué te falta para ello?

— Como á Vos, Señor, me falta una existencia imprevista, lo maravilloso, acontecimientos.

— ¿Acontecimientos?... ¡Si me sobran!

— Pero no los aprovecháis.

— ¿De cuál me hablas?

— Del en que pensáis.



— No veo cómo podría ése hacerme feliz si no lo soy, dijo Pausole en tono de sorpresa.

Iba el paje á contestar; pero, no sabiendo con certeza si el Rey le consultaba ó le pedía que se explicase, esperó á saber á qué atenerse sobre punto tan interesante.

— Vaya, siéntate, repuso Pausole. Me has hablado de un asunto bastante escabroso que me absorbe, y no se te ha ocurrido pensar que valia más para ti parecer ignorarlo. De modo que has pospuesto las leyes de la etiqueta á las de la conversación... te apruebo, muchacho. Escucha bien esto : no soy de parecer de que los ancianos son buenos consejeros. De nada sirve la experiencia, pues un mismo hecho no se reproduce nunca en las mismas circunstancias. Al contrario, preciso es admitir que de algo sirve la espontaneidad, puesto que á los veinte años elige uno el género de vida que ha de tener, y nada más importante tenemos que hacer después. Por estos motivos, á pesar de la costumbre, prefiero escuchar tu parecer á consultar, por ejemplo, al venerable señor Palestre.

Gilillo permaneció impassible.

Pausole, cada vez más expansivo, prosiguió, cual si se dirigiera á un confidente familiar :

— Jamás, decía, me resolveré á hacer perseguir á esa muchacha por la policía de mi reino. Tampoco es conveniente que la haga traer á Palacio por un enviado especial; pues, si la separo del desconocido á quien con tanta gracia ha seguido ella, no ha de ser para confiarla á un legado cuando menos tan peligroso, y, además, menos simpático para la Princesa. En cuanto á despacharle una mujer, pobre idea sería; ni siquiera he de pensarlo un momento.

— ¿ Por qué no ir Vos mismo en busca suya?

— ¿ Yo?

— Vos, Señor.

— ¿ Yo mismo?

— Sin duda.

— ¿ Yo, ir á la aventura en busca de una chicuela que se ha escapado por ahí con un galán á quien nadie conoce?

— Sí.

— Amigo mío, abusas de tu vocación de loco.

— Perdone Vuestra Majestad : ¿ puedo haceros una pregunta?



— ¿Cuál?

— ¿Desea de veras Vuestra Majestad que Su Alteza vuelva á Palacio?

Pausole hundió su barbilla en el ángulo de la mano derecha, y contestó :

— Aún no había yo pensado seriamente en eso.

Pero, al cabo de breve reflexión, añadió :

— Sí. Lo deseo de veras. Esas correrías no le son de ningún provecho.

— ¿Estáis seguro de ello, Señor?

— Seguro.

— Pues bien; como, por una parte, acaba de descubrir Vuestra Majestad que no podía enviar en perseguiamiento de la Princesa ni á un hombre, ni á una mujer, ni á ninguna bestia de la policía: á nadie, en una palabra; y como por otra parte estáis resuelto á rogarla que regrese aquí, sólo un medio veo de hacerle saber vuestra voluntad, Señor: el que vayáis Vos mismo á comunicársela.

— Tienes el espíritu lógico...

— Ese es el distintivo de los locos.

El Rey se levantó, recorrió el cuarto con paso amplio y acompasado, y,

abriendo los brazos en señal de asentimiento, dijo :

— La cosa es indiscutible. Á idénticas conclusiones llegara yo, de haber tenido tiempo para pensar en ese asunto.

— Entonces...

— Entonces, interrumpió el Rey que visiblemente se animaba, influenciado por su paje, todo se simplifica en el acto, y sólo una resolución me queda que tomar. — Ó bien dejo que esa muchacha haga el viaje de siete meses cuyo proyecto me anuncia ella en su carta, — ó bien iré á hablarle en persona, y me la traeré á Palacio, de donde no debió haber salido...

En seguida comprendió el paje que si le daba tiempo á Pausole para reflexionar á sus anchas, todo aquel ardor se apagaría en una ceniza de inercia.

— Señor, es preciso ponerse en camino, afirmó Gilillo. Conviene que así sea, no sólo por Su Alteza, sino también por Vos. Si, como lo dejáis ver, ya no sois feliz, es porque un hombre ha destruido el sosegado porvenir que con tanta sabiduría os reservabais. Para libraros de la molestia de querer cada uno de vuestros actos, habéis entregado Vuestra existen-



cia en manos de un caballero que nada entiende de eso y que la conduce neciamente. Él es quien perturba vuestro ánimo. Él, quien aparta de Vos una dicha siempre posible y siempre nueva cada mañana. Perecéis en su rutina; os morís de monotonía. Mañana, su calendario os impone la Reina Dionisia. ¿La amáis? No; no la amáis; y, no obstante, os aguantaréis con ella. Seguiréis habitando las mismas habitaciones, sentándoos en la misma butaca, viendo el mismo horizonte desde el marco de la misma ventana. ¡Escapaos de todo eso! Son tan pocos y tan cortos los días de nuestra existencia... : haced que no haya dos que se parezcan.

— Pero, entonces, ¿quién me aconsejará, si me lanzo en esa aventura?

— ¿Quién? el azar, el capricho. Dejaos tentar por la fortuna de cada día y pasear por la buena estrella. Su consejo es fácil de seguir.

— Ojalá no me encuentre al llegar, dijo Pausole sacudiendo la cabeza, como Melchor ó Baltasar, un pesebre y, dentro, un niño...

— Y aunque así fuera... Vuestra Majestad querría al niño.

— Dices bien. Además, llegaremos antes. Los tórtolos están durmiendo á dos pasos de aquí. No se trata de un verdadero viaje : ya mañana, sin duda que los habremos alcanzado.

— ¿Se pone de veras en camino Vuestra Majestad?

— Me pongo en camino. Ven conmigo, pequeño. Me alegra el verte vivir.

Salieron juntos. Pausole había puesto su mano sobre el hombro de su paje, y andaba con paso enérgico.

En el recodo de un pasillo se encontraron con Taxis.

Se destuvo el Rey, y, con la cabeza erguida, dijo :

— Señor Eunuco mayor, he tomado una determinación. Yo mismo iré en busca de la Princesa Alina. Anuncie usted mi salida para mañana por la mañana, y mande ensillar mi mula para las diez y media. Este joven me acompañará.

Taxis tuvo la habilidad de callarse.

Estuvo Pausole examinándolo un rato, cual si pesara su propia audacia, y, ya en tono más suave, añadió :

— Por cierto que también usted vendrá con nosotros.